

Un viaje abulense en *La dama errante* de Pío Baroja

José María Muñoz Quirós

Resumen

La dama errante, novela de la trilogía *La raza* de Pío Baroja, transcurre por el paisaje del Valle del Tiétar y la Sierra de Gredos, ofreciéndonos los tipos populares de la época y notas paisajísticas con gran poder de evocación. Paisajismo impresionista y caciquismo de la Restauración vertebran estas escenas abulenses.

Abstract

La dama errante, a novel belonging to *La raza*, by Pío Baroja, that takes place in the landscape of Tiétar Valley and the Sierra de Gredos mountains, offering the popular types of the time and scenery with a great power of evocation. Impressionism and rural oligarchy (caciquismo) vertebrate the scenery from Avila.

En la trilogía *La Raza* de Pío Baroja, las tres novelas van a desarrollar, como es habitual en la obra del escritor vasco, el sentido profundo de la identidad del escritor como viajero y como personaje cercano al mundo del 98, a la realidad española que está desarrollándose en el panorama político y social del país.

La dama errante, *La ciudad de la niebla* y *El árbol de la ciencia* constituyen el friso en el que Pío Baroja va a impregnar, desde una diversidad técnica y temática, la trama que sostendrá las ideas esenciales de su visión estética del mundo. Formalmente, la escritura del autor está encerrada en esa misma cualidad que hace de su prosa un friso de personajes, de situaciones, a veces ásperas y duras, como el mismo autor sospechaba de su sentido efímero de su obra, recibida siempre con extrañas y complejas maneras de entender su capacidad novelística.

En la novela transitan los personajes que constituyen el retrato de una sociedad que su autor conoció bien, medítadamente, como María Aracil o la abuela Rosa, el marqués de Sendilla y tantos otros rostros que se depositan en los caminos que recorren los paseos intelectuales de estos personajes.

El viaje iniciático que el doctor y María van a realizar, saliendo desde Madrid para atravesar toda una geografía interior, muy alejada del habitual camino que transitan otros personajes reflejados en el Madrid de la época, en el mar de Norte o en la tierra vasca tantas veces presente en su novela, supondrá a su vez el reconocimiento de una íntima conmoción paisajística que tiene por espacio la provincia de Ávila:

«Dijo Aracil al posadero que era guarda de la Casa de Campo, en Madrid, y que iba a Arenas de San Pedro. Hablaron entonces de la caza y de las cabras montesas y de la sierra de Gredos, y el posadero explicó que en la parte más alta, en la Peña de Almanzor, existía una laguna misteriosa y sin fondo, en cuyas aguas moraban unos animales tan terribles, que si caía un buey lo devoraban inmediatamente y no dejaban de él más que los bofes, que sobrenadaban en la superficie del lago...»,



Paisaje del valle del Tiétar en El Arenal, ladera sur de Gredos. Foto de José Luis Díaz Segura.

fragmento inicial de la presencia del paisaje de Ávila en los intereses que el personaje siente hacia el sur de esta provincia, la cara de Gredos más cálida, un conjunto idílico de pinares, de olivos, de palmeras que conforman el sobrenombre de la Andalucía de Ávila. Sobresale la identidad, por otra parte tan propia del 98, de la sierra de Gredos, ese trono del dios de España que tiene allí su trono, según versos unamunianos, según la hondura poética que el escritor también vasco afinado en Salamanca va a sentir hacia la gran altura rocosa. Una sierra que en esta novela ya toma, desde el comienzo, niveles míticos y mágicos. El valor paisajístico de este espacio abulense va a constituirse en tres dimensiones: la caza, la piedra y el agua de la laguna que esconde el gran fondo incontrolable del mundo, la boca mítica en la que se van a asentar los miedos telúricos.

El personaje de María, acompañante de Aracil, va a relatar la imposibilidad de la existencia verdadera de la laguna, donde se había bañado y buceado, no encontrando nada de lo que la historia decía.

Cuando los personajes viven en el pueblo donde han llegado, La Adrada, aporta el escritor una visión más suave del mundo rural, describiendo a los personajes que allí viven con el tipismo de la época dibujado por los amigos pintores: «el hombre era un tipo flaco, amojamado, de gorrilla, gabán viejo, con el cuello subido y una guitarra a la espalda...»

En Casavieja, otro lugar del valle del Tiétar donde los personajes descansan y se asientan en la posada del pueblo, descrita sutilmente por el novelista, analizando el carácter difícil y poco hospitalario de las posaderas, enfrentadas al doctor Aracil cuando pide explicaciones de su sentido de cortesía con los viajeros, en este lugar tan agravante para los que vienen de fuera, celosos de su intimidad, la Gila, personaje de gran fuerza, permite a los viajeros dormir en el pajar, lugar único que les es posible habitar en esa noche castellana.

Cuando la luz llega con el amanecer, la vida reinicia su andadura para acercarse hasta la realidad tan hostil en esos paisajes de Dios.



Panorámica de La Adrada con su castillo y la Sierra de Gredos al fondo. Foto de José Luis Díaz Segura.

El siguiente paso que los personajes inician es la llegada a Mijares, otro de los pueblos del valle del Tiétar. Allí los pueblos como Gavilanes y Pedro Bernardo quedan a un lado, y no detiene la mirada del novelista en la curiosa vida rural de estos lugares: «cruzaron a la vista de dos pueblos: Gavilanes y Pedro Bernardo; en este último quedaron los guardias civiles y Aracil y María tomaron por una carretera recién construida y desierta. Preguntaron a un peón caminero cómo se hallaba aquél camino tan poco frecuentado, y el hombre, sonriendo con cierta socarronería, dijo que habían tirado aquel cordel para favorecer la finca de una rica propietaria, y que por allí no se levantaba ningún poblado que pudiera aprovechar la carretera...», iniciando en este comentario un ligero aspecto social, crítico, muy propio de esa visión de la época en la que todo se cuestionaba y se criticaba.

Los hombres y los paisajes se unen para determinar la grandeza de un espacio. Pío Baroja también en su viaje va a detenerse junto a los pobres campesinos, enfermos, doblegados por el poder siempre dominante de los poderosos: «¿Qué quiere usted que sea? Peón. Ha trabajado en la casa de la duquesa hasta que se ha puesto malo, y ahora cada día está peor...», aclarándose la pertenencia cuando los viajeros ven: «propiedad de la excelentísima señora duquesa de Córdoba». Aracil sólo puede exclamar: «¡Oh sagrada propiedad! Yo te saludo. Gracias a ti, los españoles que no emigran se mueren de hambre o de fiebre en los caminos».

Esa noche llegan a Lanzahíta, donde comen y duermen para proseguir, a la mañana siguiente, el recorrido que le llevará a su meta.

Hasta la hora de comer no sucederá nada, no aparecerá ningún atisbo del paisaje, ningún personaje, ninguna observación. Llegada la hora, se pararán a comer en Los Patriarcas Grandes, muy próximo a lo que el novelista llama Ramacastaños, tal vez por una confusión en la memoria o un apunte tomado erróneamente.

En el lugar donde comen, la observación de Baroja se centra en los personajes y en la humildad que todo lo baña, donde viejos jóvenes y niños denuncian en

su piel la pobreza en la que viven: «estaban escuálidos y amarillos por las intermitentes...», encontrando en ese espacio una naturaleza formada por eucaliptos desgajados, mustios, también destrozados como sus habitantes. Los animales en movimiento, manada de toros con vaqueros a caballo dirigiendo a las reses hacia donde deben pastar, junto a un arroyo pequeño, cuando iban camino de Extremadura, a las tierras altas empujados por los jóvenes jinetes que llevaban a los animales en una continua caminata hacia ese destino.

Cuando llegan a Arenas de San Pedro, acercándose al castillo de La Triste Condesa, atravesando el puente del río Pelayo: «y pasaron el puente, desde donde un riachuelo formado por muchos hilos de agua, que corrían por un cauce ancho, formado por piedras, casi todas ocultas por ropas blancas puestas a secar, que deslumbraban al sol...»

Su destino es Guisando, el pueblo colgado en la sierra desde donde se contempla uno de los más bellos horizontes entre pinos. Van buscando su objetivo, cuando se encuentran en el camino con un taller donde trabajaban leñadores. Allí se detienen y se produce una de las escenas más pintorescas: «se encontraron en el camino, cerca de un taller en donde trabajaban varios leñadores, con un ciego y un muchacho, que iban con un carrito pequeño tirado por un burro. El carrito, pintarrajeado y cerrado, tenía en la parte de atrás ocho o diez agujeros, tapados con redondeles de cobre, y encima de ellos ponía escrito: PANORAMA UNIVERSAL...»

La Vera de Plasencia queda cerca del camino que por la sierra de Gredos, «cuyas crestas rotas, formando una línea austera, se dibujaban como recortadas en el cielo azul», llega hasta Poyales del Hoyo, ese lugar abulense sin término municipal, asumido por Arenas de San Pedro y por Candeleda, uno de los lugares castellanos más luminosos, reflejando en su pequeñez de piedra líquida la armonía de una altura sideral que Gredos espolea entre las nubes. Poyales del Hoyo, al que llegan «bordeando los setos de los prados, subiendo y bajando por las faldas de la sierra», ese paisaje alterado por una geografía austera pero hermosa, sutil y algebraica, dominada por un ilimitado espacio de eternidad. Cuando Aracil y María llegan a estas riveras, entablando relación con las gentes de esta localidad, personajes entre los que no puede faltar el cura: «el cura era charlatán, y comenzó a hacer preguntas al doctor y a su hija...», estableciendo la fisonomía propia de los pueblos de Castilla en la que la tierra y los personajes se funden como un solo lenguaje y una sola manera de vivir.

No podemos dejar de lado nunca la sierra de Gredos que «se erguía a la derecha, alta, inaccesible, como una inmensa muralla gris, sin un caserío, sin una mata, sin un árbol en sus laderas pedregosas ni en sus aristas pulidas, que brillaban al sol. Se hubiera dicho que era una ola enorme de ceniza, calcinada, quemada, rota; una ola que, en la oscuridad de lejanas edades geológicas, formó, al petrificarse, la sierra...», tal vez desde una visión impresionista, poetizada en la pobreza de un lenguaje que quiere reflejar la sequedad y la hondura espiritual de este paisaje tan propio de la Generación del 98.

La crítica a la vida rural la sitúa en la boca del personaje de don Álvaro que, implacablemente, dice: «es que todo lo que pasa en nuestro país en el campo es de una infamia y de una injusticia tal, que se comprende que no quede un español pobre, que todos emigren y se vayan cuanto antes de este indecente país. Porque aquí lo que pasa es que el Estado ha abdicado, ha dejado todas sus funciones en manos de unos cuantos ricos. Aquí se permite que el propietario tenga guardias



Vista de la Laguna Grande del circo de Gredos. Foto de José Luis Díaz Segura.

matones que lleven su escopeta y su canana llena de balas; es decir, que, para guardar sus viñas, pueden abrir el cráneo a cualquier infeliz que vaya a robar uvas; aquí se ponen cepos y veneno en las propiedades; aquí se entrega a la guardia civil, y se les lleva a presidio, a pobre gente que coge un haz de ramas secas o un puñado de bellotas. Luego, esos ricos, que, además de miserables, son imbéciles, no son para poner unos cuantos eucaliptos ni para sanear un pueblo. Nada. La avaricia y la bestialidad más absoluta...», tal vez el discurso más sorprendente que en la novela se desarrolla, las palabras más duras que un personaje dice en la Castilla profunda y misteriosa que, iluminada por una naturaleza que vive con generosidad, también es capaz de generar el sentido del dolor social y de la miseria más profunda.

Cuando llegan a Candeleda, esa localidad cercana a la Vera de Cáceres, puerta natural de Extremadura, límite de Castilla la Vieja con la efusiva naturaleza que surge entre los olivares y los naranjos, buscando la ermita de Nuestra Señora de Chilla a la que se llega «por una tierra hermosa y llena de grandes árboles», en un atardecer de cielo azul y aire puro, teniendo a Gredos en la cercanía «translúcido, un cristal azul, incrustado en el azul más negro del horizonte...», acercándose lentamente a la orilla de una Virgen perdida en un monte.

«Comenzaron a brillar las estrellas en el cielo azul purísimo. El aire iba viniendo en soplos fríos, impregnados de olor a monte; el follaje de los árboles temblaba y la hierba se inclinaba en oleadas con las ráfagas de viento. Se acercaron en la ermita por entre dos filas de álamos. Un mochuelo descarado, inmóvil en la rama de un pino, con la cabeza como dislocada, les contempló con curiosidad, y al ver aproximarse a aquellos intrusos, echó a volar rápidamente. La noche dominaba e iba dejando más aromas en el aire y más frescura en el viento. El campo se hundía en un sueño de tristeza. Poco después, una campana, con un son agudo, derramó sus notas de cristal en el ambiente silencioso...»



Fotografía de José Luis Díaz Segura.

En este texto descriptivo, Pío Baroja reflexiona poéticamente sobre el valor de la naturaleza, analizando sutilmente los elementos que constituyen la intimidad del paisaje. La palabra poética de Baroja no aparece con frecuencia en sus novelas. Solamente cuando es asistido por un vuelo interior diferente su prosa se desliza entre lo mínimo y lo intuido, entre la visión grandiosa del mundo contemplado y la pequeñez del sentir humano.

En Chilla, ese lugar tocado por el misterio de lo sobrenatural, espacio del peregrinaje, campo abierto entre pinos, surge la leyenda que da nombre a la ermita, y es recogida en la novela de una forma narrativa tal y como cuenta la tradición que tuvo lugar el milagro mariano.

Aracil y su hija duermen en el zaguán de la casa del santero de la ermita. Allí han conocido el tibio acontecer de las cosas que en Castilla son sencillas y humildes. Allí han visto el amanecer dorado de los pueblos y la tristeza crepuscular de los campos. En este recorrido sinuoso y perplejo, los personajes se funden sutilmente con la naturaleza que les envuelve.

Nunca Pío Baroja en *La dama errante* insinúa ningún análisis social más que cuando la situación le pide hablar. No hay una contemplación absoluta de Castilla: tal vez no es lo que pretende, sino más bien es otro el fin de este errar por los caminos hasta llegar al monasterio de Chilla, posiblemente el final de una trayectoria también interior.

A partir de este momento, los pueblos de la Vera van a sustituir las aldeas humildes de Castilla. Ha sido el valle del Tiétar, frutal y mágico, enigma y luz en los caminos. El sentido del viaje, tan desarrollado por otros autores de la Generación del 98, se inspira en los mismos principios que otras novelas del autor: la acción transcurre linealmente, avanzando siempre con la aparición de nuevas aventuras, de nuevos lugares cuando es un camino que hay que recorrer, de nuevos personajes que se encuentran y se desencuentran, que aparecen y huyen.

¿De qué manera afronta Pío Baroja el conocimiento de una tierra tan lejana de su País Vasco, tan diferente a los lugares donde él nació y vivió en su infancia?

¿Qué aporta este viaje por tierras abulenses a la visión peculiar y literaria de Castilla?

Tal vez no suponga una original mirada sobre la realidad, pero quizás Pío Baroja sea un escritor capaz de sintetizar la grandeza de un paisaje, y en este sentido la novela y la errante soledad de sus personajes sí que aportan sentido universal a la mirada de un escritor español del 98.

Hoy no podremos pasearnos con las páginas de esta novela por los lugares descritos por el autor que con su hermano y Ciro Bayo, en un viaje insólito, realizaron a lomos de un burro provisto de una tienda de campaña. Todo, nos dice el autor, está descrito desde la total verdad de su viaje. Indica que duró veinte días con fatigas e incomodidades, teniendo que dormir en lugares imprevistos, meterse en el río Tíetar hasta el cuello, porque venía con crecida y tenía mucha corriente.

Los amigos vivieron una aventura que, novelada, supone para el lector de hoy una ventana abierta a los recuerdos y a la mirada lúcida y creadora de Pío Baroja.

